

## UNAMUNO Y EL MODERNISMO

Por DARDO CUNEO

Rubén Darío, tenía diez años y *Prosas Profanas* dos. El modernismo estaba ya formulado en esa fecha vacilante entre dos siglos, que caracteriza un punto de partida definitivo en la literatura universal. El modernismo se había adelantado a la inquietud transformadora del 98 español y desde distinto escenario, el de las Américas independizadas, se proyectó con fuerte voz de caudillo sobre la metrópoli asoleada en el naufragio de su imperio colonial. Modernismo y generación del 98 son términos que se encuentran. El primero llega de ultramar, por el camino maravilloso de las Indias, por el de los vientos antiguos que agitaron las velas de los navíos que a ellas llevaban a la soldadesca y al empresario, volviéndolos con los fondos cargados de oros y frutos, los milagros de la tierra insospechada y de su habitante moreno. La segunda llama a reflexión y hace inventario crítico de realidades españolas cuando el imperio muere en las batallas de Cuba y Filipinas y se enfrenta España con todas las pobreza de metrópoli sin colonias. La voz del modernismo es jubilosa, plena de energías americanas, espejo de asombros criollos y de ambiciosa universalidad que se detiene en registro cosmopolita. La voz del 98 español es hilo de entristecida meditación, es examen del propio dolor. Es acta de la desesperanza. No dice júbilos; sí reconvencciones. No alardea expansiones como el modernismo alardea. El mapa de éste no dibuja fronteras limitadoras. Su intención es incluir todo en su verso en procura de una sensación de unanimidad. Y en todo ese afán de total registro no pone línea divisoria entre esa su tentativa nueva y la vieja fuente española. Vibraciones quevedianas...

*Yo soy aquel mortal que por su llanto dijo Quevedo. Y dirá Darío en un mismo metro: Yo soy aquel que ayer no más decía.*

El mapa de la generación del 98 es esa España que al quedarse sola advierte no saber ciertamente aún si es Península de Europa o descabezada cabeza de Africa. Sólo España es el 98. España a la que le sobran puertos para una economía imperial y le faltan agricultores para su vida casera. España de la "reconstrucción y europeización" de Costa. España de la continuidad africana de Ganivet. Los poetas del 98 español han sido insistentemente incluidos en la clasificación modernista. ¿Lo eran? Haciendo defensa de Sarmiento, de su prosa hablada, escribe Unamuno en una página de *Contra esto y aquello*: "Ya sé que a muchos de esos... ¿les llamaré modernistas?, les parecerá una herejía literaria el que trate de presentar a Sarmiento como un prosista, y sin embargo así es". Definición antimodernista de Unamuno a propósito de la prosa hablada de Sarmiento.

El modernismo tiene partida de nacimiento americano. Es un grado de la inteligencia mestiza, una estación de América de raíz indígena y expresión hispana hacia su propio encuentro. Antes de dar con la voz propia o recobrar la perdida, ensayar todas las notas ajenas. El modernismo americano fue el ensayo general de la lírica de nuestro continente moreno. El criollo liberado de España le pide a todos los tiempos y civilizaciones recursos, temas y mitos para ganarse caminos más largos y era, en verdad, para ensayarse en su nueva independencia, para construir con la participación de todos los elementos la voz provisoria de su liberación reciente. Esa exuberancia, esa amplitud, esa sonoridad del modernismo da la impresión de que con él se libera una fuerza contenida en persistente estadio colonial, que se desborda impetuosamente la imaginación prisionera. ¿Fue el modernismo una forma de liberación de la colonial América? Sin duda. Nunca se oyó más alta la voz lírica del continente que con los modernistas, y aunque sus caudillos y adeptos buscaron para iniciarlo e iniciarse nuevos patrones imperiales lo hicieron con gesto desenvuelto, con vocación libertadora. Los modernistas fueron, y acaso sin presentirlo, combatientes, en alguna manera, de la liberación continental. José Martí, el caudillo de la libertad cubana, fue su precursor. La coincidencia puede servir aquí de explicación.

La fecha del modernismo es en América la liberación de las últimas colonias. La fecha del 98 indica en España la definitiva desintegración del viejo imperio. Dos realidades en todo diferentes. En América se vivían horas de inauguraciones como fueron para ello todas las de ese siglo que moría; sus crisis numerosas llevaban el sig-

no de los comienzos, eran crisis inaugurales. Para España terminaba un ciclo que había sido de contradictoria madurez y sus crisis tenían la tristeza de las crisis definitivas. Definitivamente quedaba liquidada la España imperial. La angustia y la inquietud de la generación del 98 se cerraba en las fronteras de la metrópoli envejecida en el mal negocio de las colonias. El 98 volvía al centro de la historia española su problema. El modernismo desplegabamientras tanto desde América su ambición expansionista, su ansia de abarcarlo todo, de revistarlo todo, desde Caupolicán a Verlaine, asociándose en el viaje de la poesía los temas universales, convocando a mitos milenarios y a las muertas civilizaciones que los produjeron. Temas lejanos en energía nativa.

Mientras que el modernismo —ha distinguido Pedro Salinas (“Literatura Española Siglo XX”)— se manifiesta expansivamente, como una superación de las fronteras nacionales de las distintas naciones americanas y, aún más, de la misma frontera continental y está poseído por una ambición cosmopolita, el movimiento espiritual de los hombres del 98 es concentrativo y no expansivo; todo su ardor de alma se enfoca sobre España, que es el vértice de su preocupación. La generación del 98, surgida en la hora del desastre imperial, se da el grito de “Adentro”. “Volvamos a España” es la consigna repartida entre los inquietados y los conmovidos. “Una restauración de la vida de España —señala Ganivet— no puede tener otro punto de arranque que la concentración de nuestras energías dentro de nuestro territorio”. Y, en el discurso a sus electores, le hará decir Ganivet a su Mío Cid: “Hay quien coloca el centro de la vida humana en el poder exterior, en la riqueza, en un bien convencional. Yo pongo el centro en el espíritu. ¿Qué soy? Nada. ¿Qué apetezco? Nada. ¿Qué represento? Nada. Ahora estoy en camino de ser un verdadero hombre, puesto que si existe mi personalidad sin buscar apoyo fuera de sí, es porque dentro tiene su fuerza”. Receta para España: regresar a Azorín. “Lo han dicho y lo han clamado —agrega— literatos, sociólogos, publicistas, parlamentarios, gobernantes de todos los partidos: urge que emprendamos la reconquista de España”. Esa es la orden, la bandera, la pasión de los que se apasionan: rehacerse paso a través del desgarramiento presente hacia la meta de la recomendación inadvertida. “Dediquemos a conquistar nuestras provincias lo que gastamos en invadir las ajenas”. A esa recomendación, los hombres del 98 la encuentran en la voz olvidada de Jovellanos. Ella es la verdad —verdad retrasada— que se reactualiza

fundando —fundamento precursor— el grito de “Adentro” que ha gritado Unamuno abandonando su actitud primera, la de los ensayos sobre el catecismo. El modernismo no es método de internación como el que la generación del 98 necesita para ordenar su labor y su empresa de redescubrir las esencias españolas. Por otra parte, las crisis prefieren para la formulación de sus problemas un lenguaje de prosa que pueda modelarse en torno de todas las paredes del problema, y el modernismo descarga la mayoría de sus signos en los trayectos de la poesía. Las crisis exigen la afirmación sobria. El modernismo procuró la exclamación exuberante. La generación del 98 centra su inquietud. Ella se llama —con todas las letras inquietadoras— España, que es una obligación, una cuenta pendiente, un plazo que vence, una realidad que agonizan. El modernismo no se centra: veja; no se ciñe a una disciplina, a la disciplina que exigen siempre las épocas de crisis: se desliza. Y es que el modernismo, liberando energías criollas, describe un movimiento expansionista que en las zonas de su cumplimiento proyecta una transformación en la vida del idioma, y la generación del 98, asediada por doble problema de estilo y de esencia, debía proponerse una transformación en la vida de España para hacerla perdurable, eterna.

Hay, sin embargo, un instante en que el modernismo y la generación del 98 se encuentran como para que no pocos se den a creer que la coincidencia fue total y que Rubén Darío, el caudillo modernista, fue adocrinador de los inquietados españoles. En ese instante del encuentro la bandera insurreccional del americano congrega a numerosos de los conmovidos españoles. Pero el encuentro no devino, en verdad, en alianza; no podría devenir en tal “...eso que se ha llamado modernismo en literatura, y respecto a lo cual declaro, que cada vez estoy más a oscuras acerca de lo que sea” escribe Unamuno en las páginas de *Contra esto y aquello* dedicadas a comentar a José Asunción Silva. “Moderno —dice en una página de *Soliloquios y Conversaciones*— viene de moda y tú debes huir de las modas”. Y en otra página del mismo libro pondrá este texto a su oposición: “En cada época hay una moda literaria dominante, una escuela, y sucede que aquellos que la siguen y cultivan se creen más originales que aquellos otros atendidos a antiguas modas o escuelas. En realidad no son sino más “modernas”, en el sentido etimológico. El secuaz del modernismo hace unos años despreciaba a los poetas de tercera o cuarta fila de hace treinta o cuarenta años, a los que entonces siguieron la moda de su tiempo, y él a su vez empieza a ser

olvidado ya. Dentro de muy pocos años todas esas cómodas audacias, ya de factura, ya de contenido, todas esas supuestas exquisitezcas de orfebre o todas esas fáciles arrogancias de sobrehombre contrahecho parecerán tan ridículas y vanas como nos parecen las posturas de los secuaces del romanticismo de hace setenta años, cuando esos secuaces carecieron de verdadera personalidad". En comentario a la literatura portuguesa en *Por tierras de Portugal y España*, sale al encuentro de la clasificación: "... a los que aquí llaman *modernistas*, a falta de otro nombre, o *decadentes*, o cualquier otro término que no quiera decir nada". En una página de *Mi religión y otros ensayos* este texto de resistencia con promesa de agresión: "Otra vez tendré ocasión de decir cuatro lindezas a los ya moribundos *modernistas*, y sobre todo a quienes, con absoluta carencia de sentido crítico y de discernimiento, hayan alguna vez podido tomarse por tal. Es alusión".

Unamuno es una sensibilidad hecha para los períodos de crisis, o acaso para provocarlas. Las crisis son su ambiente. Enfrentarlas, anunciarlas o inaugurarlas es su legítimo destino. Por eso es el hombre del 98, el español de los dolores españoles, la conciencia de su nación, el pregonero de su angustia, el contradictorio profeta de la salvación. Y es el hombre sediento de eternidad, el que desespera de temporalidades. "Eternismo y no modernismo —ha escrito en *Contra esto y aquello*— es lo que quiero". Lo que ya quería en las fechas de la coincidencia entre el modernismo y el 98. Crisis de español y crisis de hombres se combinan en él, desde entonces. El español se debate en el drama de la patria de empobrecidas vejeces, de urgentes rectificaciones, de discutidas fórmulas de salvación. El hombre arde en la crisis íntima de su sed de inmortalidad. En el 98 ya se consume Unamuno en el ansia de lo imperecedero, junto a la adversaria temporalidad que lo cerca y de la que, a manotazos violentos, en toda hora se defiende. No morir, es su grito interior, que se hace a lo largo entre las altas paredes de su espíritu. No morir. Esta crisis íntima requiere como la de España, de una salvación. Salvarse para ser nación de energías constructoras, necesita España. Salvarse para no morir necesita el hombre. Y España y el hombre se vuelven a sí mismos para buscar el camino de la salvación. Se interna España en España y el hombre en el hombre. La poesía —espejo del mundo íntimo— es en Unamuno la voz de las angustias del español adentrado. No se alista en el modernismo porque lo han llamado desde dentro del pasado de su España y de su hombre español sus abuelos, los mis-

ticos. No toma compañía en Darío, cosmopolita y gozador, para abrazar la imagen peregrina de Fray Luis, agonista y español universal. No quiere carteles del día, sino cosas de eternidad. Y por los itinerarios de su angustia que es universal por ser esencialmente española, busca al Dios español y universal, o mejor decir que al Dios universal lo busca a través del Cristo español. Por caminos que son los de soledad. Solitario Unamuno.

Darío es habitante fiel del Cosmopolio, conocedor de todos sus barrios, excursionista de todos sus laberintos. La ciudad es su universo. Y el modernismo que funda es ciudadano. El vasco le acerca un consejo: *busque soledad*, la soledad que a él lo hace vivir, la de su Salamanca, soledad total, personal y geográfica, soledad en la experiencia del júbilo, de la labor y del adentrarse, del inquirirse, del averiguarse, del comenzar. *Esta soledad hermosa es mi salvación*, le escribe Unamuno a Darío. El también ha huído de la villa y corte de Madrid para dar un tiempo de realización a esa empresa, que no aventura, de asolearse para intimar consigo mismo, para cobrar en esa intimación la posible salvadora plenitud. *Busque soledads* es el consejo. A él se la da Salamanca: "Cada día que paso —le escribe a Darío en 1904— bendigo más a Dios por haberme mantenido en este viejo castillo roquero espiritual de mi dorada Salamanca, lejos de la feria de las vanidades; aquí, adonde el son de las campanas me trae, agrandados, los ecos de mis propios pensamientos de otros días. Y aún espero que un día esta catedral junto a la que vivo —y aquí la exaltación unamunesca hace escala en estos augurios— se ponga a cantar todas las oraciones, pensamientos, susurros, suspiros, anhelos y tristezas que ha recibido en su seno, y en el esfuerzo del canto se derrumbe y sigan cantando los escombros, y surja de ellos, otra catedral más robusta, más luminosa, más duradera. Basta". Con el *Basta* pone reflexivo punto final a su exaltación. La soledad salmantina en su universo.

Su poesía es la de la soledad, la del adentrado, la del hombre que porque "habla solo espera hablar a Dios un día", según la advertencia de Antonio Machado, el otro español de toda españolidad que también anda por cauces distintos a los del modernismo. Poesía de sinceridades "... disputan por poeta —escribía en su ensayo de 1911 sobre Costa (*Ensayos*. Tomo 7). Y va en ello un reproche a la moda modernista— a cualquiera acumulador de metáforas incongruentes o a cualquier enristrador de renglones cortos, con un ritmo más o menos bailable y a propósito para ser acompañado por un tam-tam po-

tente". "Nuestra poesía española es en cuanto a su fondo, pseudo-poesía, mera descripción o elocuencia rimada, y en cuanto a la forma, música de bosquimanos, tamborilesca machacona en que el compás mata al ritmo". Sus fechas son las modernistas, pero no las acata su voz de poeta que aspira a fechas propias, a circunstancias enteramente súyas. El modernismo pasa a su lado y acaso se le filtra cuando alguna guardia se ha dormido, acaso le ha buscado tendiéndole cerco. Pero sus aristas se prueban en la resistencia. Su conciencia no conoce aquí la filiación, sino lo contrario. Su militancia en la poesía no quiere partidos, como que toda militancia es empresa personal, es su partido propio el de España, su total España toda. "Unamuno —dijo bien Salvador de Madariaga— es quizá de todos los poetas contemporáneos el que menos debe —si algo debe— a las formas modernas de la poesía tales como las que proceden de Baudelaire y Verlaine".

El poeta Unamuno es prolongación del Unamuno escritor. El verso es canal de prolongación. Nunca isla. Y no es la floración sensitiva. Es término de un proceso intelectual. Como en Fray Luis. La prosa es la trama de su juego, la primer cara sincera de su espíritu, el camino de sus discusiones, de su debate interior, de sus crisis sin punto final. Mar de tempestad esa prosa unamunesca. La poesía será después un río que da curso nuevo al agua inquieta que aró el mar. Mar tumultuoso este que entrega sus aguas al río como no hacen los mares de la geografía que reciben aquellas para enloquecerlas en su terrible inmensidad. El río de la poesía unamunesca toma corrientes que ha causado su prosa, que se han batido en ella, que en ella han medido sus fuerzas y sus dudas. La poesía es minoritaria en su obra, y las voces que desde ella se incorporan no se oyen sino como eco de la que en la prosa ha vivido su tiempo de batalla, su primer tiempo, su drama. La poesía es el espejo que transparente a la prosa. Segura transparencia. Caña salvaje —así como Gerardo Diego a su poesía— que recoge las notas de la salvaje orquesta de su prosa. Caña salvaje que desespera por eternidad. "Eternismo y no modernismo es lo que quiero..."

*Dardo Cuneo*

## REFLEXIONES ACERCA DE LA VERDAD

Por AMADEO HERLITZKA

En el emblema —tres libros abiertos— de la gloriosa Harvard University, se leen dos o tres letras en cada página de estos libros: "ve-ri-tas". Si hay que buscar la verdad en los libros y si ella está tan dispersa: ¿qué esperanza tenemos de encontrarla? La Biblioteca Nacional de París, la más rica del mundo, contenía alrededor de 4.000.000 de volúmenes y, por supuesto, este número no constituye ni la mitad de los libros que existen en toda la tierra; si el promedio de hojas de cada libro fuese de cien páginas, la probabilidad de encontrar juntas las seis páginas en las cuales las siete letras están consagradas, sería una de entre un billón de trillones de trillones. Y no habrá sido destruido por lo menos uno de los tres libros, en los incendios de bibliotecas, como el de Alejandría o por los bárbaros en sus invasiones de los países cultos o por los civilizados en sus invasiones de los demás países? Pero, ¿tuvo la verdad nunca su lugar en los libros? Al hablar de verdad no me refiero a una verdad absoluta ni a las verdades religiosas que están en nuestros adentros. Estas son ciertas para cada uno de nosotros, pero son distintas de uno a otro, aunque los dogmas sean los mismos; para San Francisco la religión es amor hacia todas las criaturas, hacia el hermano lobo y "nostra sora norte corporale", amor que todavía resplandece en los montes de la verde Umbría, en las flores que brotan en la ventana de la humilde celda de Santa Clara, en el rosal de la Porziuncola, cuyas hojas están aún manchadas con la sangre del santo.

La religión es sabiduría en la gran mente de Santo Tomás, el Doctor Angelicus, que por la "Summa Theológica" funda la teología científica, distinta, pero no separada de la filosofía. Por la interpretación cristiana de la obra de Aristóteles, establece el incontestable dominio del antiguo sabio sobre todo el pensamiento científico, hasta que Galileo proporciona a éste una base más firme, la